

Opinión

LA TRIBUNA

Durban y los caprichos del clima

**José Prenda**

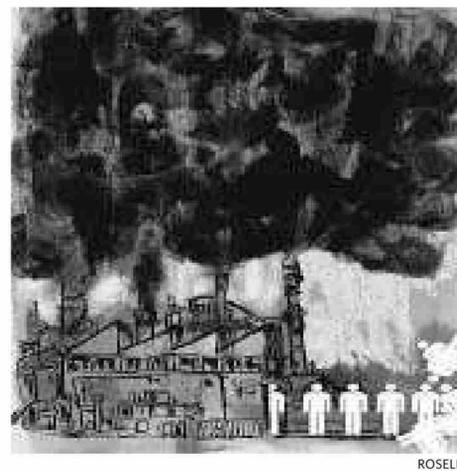
Catedrático EU de Zoología de la Universidad de Huelva

En estos tiempos convulsos, de finanzas disparatadas, necesidad galopante e inciertos vaivenes políticos, ¿a quién extraña que en Durban hayan ocultado la basura debajo de la alfombra? Esta Cumbre del Clima de débil tono mediático –salvando la conclusión, apenas ha merecido algún titular– ha resultado seguramente un sonado fracaso respecto a lo que debería haber sido. El mundo opulento está muy ocupado con el futuro de su deuda financiera para permitirse la frivolidad de discutir seriamente sobre asuntos que determinen recortes en lo que sea.

Ahora (?) lo que toca es crecer. Empleos, pensiones, salarios, dicen que el bienestar social, están en cuestión. ¿Y quién está dispuesto a sacrificar una mínima cuota de su nivel de vida por un motivo tan lejano, banal, opaco incluso, como las emisiones de gases de efecto invernadero que se supone son las culpables del cambio climático que se nos está viniendo encima, si el clima siempre fue caprichoso como un niño mal criado? En el mundo más pobre, con desigualdades sociales mucho mayores y donde, paralelamente, es mucho menor el pudor en maquillar los perjuicios ocasionados por cualquier proceso productivo –en salud, medio ambiente o lo que sea, con tal de que genere beneficios que teóricamente puedan elevar el nivel de vida de los más desfavorecidos–, la retórica de esta pregunta choca por impúdica.

Entonces, ¿cuál debiera haber sido el resultado de esta Cumbre para ser un éxito? Sin duda y sin acritud, un consenso global que hubiese fijado unos niveles de emisiones de CO₂ compatibles con una estabilización del aumento de la temperatura media de la Tierra, compatibles a su vez con el puzle idiosincrático de las diferentes economías planetarias, donde los que hemos alcanzado mayores cotas de bienestar (?) renunciemos a más que los muchos que no disponen de lo mínimo exigible a la dignidad humana. Y donde estos últimos –sus dirigentes, claro– se comprometan a que no todo vale con tal de subir

¿Quién está dispuesto a sacrificar una mínima cuota de su nivel de vida por un motivo tan lejano, banal y opaco como las emisiones de gases?



ROSELL

los niveles de las rentas de sus países según el criterio de la estadística del medio pollo (si yo me como un pollo, entre usted y yo nos hemos comido medio cada uno, aunque usted no lo haya ni oído) (véase Brasil, China o la India). Esto puede parecer una ingenua carta a los reyes magos, incluso ser tachado de demagógico, pero es que no queda otra si de verdad creemos en esa excelsa humanidad de *Homo sapiens* que nos distingue del resto de seres vivos.

Ninguna especie tiene capacidad de anticipar el futuro como lo hacemos nosotros. Ninguna se preocupa, pues, por ello. Las capacidades adaptativas predisponen a los seres vivos para cumplimentar sus diferentes requerimientos de modo que se maximice la eficacia biológica de los individuos, que no es más que tengan el mayor número posible de descendientes reproductores, idealmente de nietos. A quien no cumpla este precepto universal, bíblico, a rajatabla, el destino lo con-

denará a la extinción.

Los *H. sapiens*, lógicamente, también nos acogemos a él; con inusitado entusiasmo, según se desprende de los 7.000 millones que ya somos. Este éxito se funda en la obvia utilización de recursos y en el despliegue de numerosas estrategias para burlar los factores que controlan el tamaño de las poblaciones, resultado ambos de nuestra inteligencia. Valor adaptativo supremo, para unos, lastre evolutivo, para otros, pues no sería más que un carácter sexual secundario útil para enamorar a más hembras o para seleccionar mejor a machos más atractivos, según se mire. Ideal, además, para destruir el mundo en tiempo récord.

¿Crecemos y nos multiplicamos o nos ponemos de acuerdo en Durban? ¿Somos consecuentes con nuestra capacidad de anticipar el porvenir o pan para hoy y hambre para mañana? Así, en corto y en apariencia, queda poco margen de maniobra. Dada nuestra indeleble programación evolutiva no nos resta más que morir de éxito. Así parece que han obrado quienes se han reunido en la ahora famosa ciudad sudafricana. Pero no nos podemos resistir a admitir que sea ésta la única solución, ni siquiera en los términos biológicos más primarios, si nos atenemos a la demografía de los más opulentos, incluida la de nuestro propio país.

La previsión puede proporcionar beneficios mucho mayores que el cortoplacismo miope, incluso en términos de eficacia biológica. El estímulo más o menos encubierto del consumo de tabaco por parte de los poderes públicos genera beneficios inmediatos a través de los grandes gravámenes a que está sujeto. A medio y largo plazo la previsión del tabaquismo es infinitamente más rentable, no sólo en salud pública, sino en términos pecuniarios, que es lo que nos importa. Así que en lo que venga después de Durban, que se olviden de las ganancias que rinden impuestos perversos y dejen de fumar. Es seguro que la renuncia que quizás represente la reducción en la emisión de gases de efecto invernadero –o eso es lo que esgrimen los más reacios a firmar acuerdos– produce extraordinarios beneficios, incluso económicos, mucho más pronto que tarde. Aunque no sé si les llegará para ganar unas próximas elecciones.

HASTA fecha reciente, que se supiera, Iñaki Urdangarín había dado sus principales pelotazos jugando a balonmano. Era un lateral estu-
pendo, con una mano izquierda que parecía un látigo. Vamos, que un pelotazo de Urdangarín era gol casi seguro. ¡Adentro!, como decía Luis Miguel López en las retransmisiones de TVE. Y menos mal, porque si en vez de ir adentro te daba el pelotazo en la cara, o más abajo, te podías caer de espaldas con todo el equipo. Ahora los tiempos han cambiado. Ahora Iñaki ya ha sido prejuzgado por la opinión pública como un Cid del balonmano: pelotazos después de retirado.

Urdangarín fue una figura para los aficionados a ese deporte. Con el Barça lo ganaba todo. Tenía como entrenador a Valero Rivera, un gran amigo de Cruyff, que era como el Pep Guardiola del balonmano. La única diferencia es que al Madrid no le ganó nunca, pero porque el Madrid nunca ha tenido equipo de balonmano y eso que se ahorró Florentino para gastarlo en Cristiano y Kaká. Urdangarín jugó en el Barcelona durante 14 temporadas, desde antes de Laporta, y ganó ni se sabe cuantos títulos. Con la selección disputó tres Juegos Olímpicos, consiguiendo el bronce en Atlanta y Sidney, además de otra medalla en un Europeo. Se retiró en el año 2000, cuando ya era el balonmanista español más famoso de la

LAS DOS ORILLAS

José Joaquín León



Pelotazos de Urdangarín

historia, el único que entró a pelotazos en la Familia Real, pues era el marido de la infanta Cristina desde tres años antes.

Recuerdo lo que escribieron en los periódicos y dijeron algunos en la radio y la televisión, cuando la boda con doña Cristina en Barcelona. Unos decían que Urdangarín había dado un pelotazo casándose con la Infanta (por no decir un braguetazo, que suena peor), y otros que dónde se había visto que una infanta se casara con un balonmanista que sólo sabía dar pelotazos, en vez de emparejarse con un chaval que entendiera de moda y procediera de buena familia, como don Jaime de Marichalar. Se escriben y se dicen cosas que, pasado el tiempo, te ríes un montón.

Ahora lo importante es la presunción de inocencia. De momento, y mientras no se demuestre lo contrario, los únicos pelotazos que ha dado Iñaki Urdangarín en su vida los arreo jugando a balonmano. Ya se sabe que no era sólo un balonmanista ilustre, sino que además estudió Administración y Dirección de Empresas, carrera que después se ha puesto de moda. Y no era sólo un guaperas, pues lo nombraron consejero de Telefónica y presidente de la Comisión de Asuntos Públicos de Latinoamérica de dicha compañía. O sea, que lo enviaron a EEUU con Obama. Ahora, además, la Casa Real lo ha retirado. Se queda fuera del partido. Es lo que pasa cuando se descontrolan los pelotazos y acabas en el banquillo.

PALABRA EN EL TIEMPO

Alejandro V. García
avgarcia@grupojoly.com

Vidas ejemplares

EL jefe de la Casa del Rey, Rafael Spottorno, ha dictaminado que el comportamiento de Iñaki Urdangarín no fue ejemplar. La referencia a la ejemplaridad para justificar el apartamiento del susodicho de los actos oficiales de la Casa es un eufemismo a la altura de la refinada retórica de la monarquía. Presupone que la conducta de este miembro de la Familia Real, al margen de las implicaciones legales y de los nombres atroces que reserva el Código Penal, ha sido hasta ahora el paradigma de la moralidad nacional. Y como ya no lo es, como al parecer los indicios apuntan a que el duque no representa el canon de conducta que deben imitar los parados, la clase media, los inmigrantes o los intermediarios de baja o media cuna, la Familia Real lo ha borrado de su santoral. No aclara la Casa qué papel corresponderá a partir de ahora a la infanta Cristina, socia del marido, si mantendrá la agenda o secundará el destierro institucional.

Así que ya sabéis, niños y niñas del Reino, borrar del cuaderno de *Vidas ejemplares* al señor duque. Pero no paséis la hoja ni guardéis todavía la cartilla. Aún no hemos terminado. Conviene reparar otras vidas ejemplares que ayer cobraron grave actualidad. En la Audiencia de Valencia compareció el ex presidente de la Comunidad Valenciana, Francisco Camps, para responder

El propio Rajoy apoyó a sus compadres políticos de Valencia a pesar de las manchas que afeaban sus conciencias

del escasamente ejemplar delito de cohecho impropio por aceptar 25 prendas de vestir de buenas marcas de la trama Gürtel. Junto a él, como vecino de banquillo, se sentó el ex secretario del PP valenciano Ricardo Costa. La escasa ejemplaridad de la conducta de ambos, a tenor de los indicios obtenidos por los jueces, no tuvo una respuesta contundente por parte de los mistagogos del PP que, lejos de dudar de sus ejemplaridad, los auparon con más fuerza aún y con más velas a las hornacinas de los dioses tutelares del partido. El propio Rajoy apoyó a sus socios políticos de Valencia a pesar de las evidentes manchas que afeaban sus almas de servidores públicos.

Para más inri, entre ambos manojos de vidas ejemplares caídas en desgracia, la del duque y la de los dirigentes del PP valenciano, hay un entorno común, el que convirtió Valencia y las Islas Baleares en escenarios perfectos para ensayar cohechos, negocios sucios y tratos de favor.

Ahora, con las viscosas mieles del poder en las manos, es distinto. Mientras veíamos en los telediarios la entrada al juzgado de los dirigentes populares por el caso de los trajes, en Madrid, como si fueran seres de otra galaxia o de un encarnadura diferente, la junta del PP repartía, como en una de esas comidas de Navidad que terminan con un sorteo de jamones, los cargos para el Congreso y el Senado. Un sólido muro de acero y petulancia impedía que el aire circulara entre un ambiente y otro.